

LIBRO CUARTO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. He procurado, piadoso Ambrosio; refutar en mis tres primeros libros la obra de Celso: comenzaré ahora el cuarto, invocando primero á Dios en nombre de Jesu-Christo.

Pluguiese á Dios, que el Señor se dignase decirme como á Jeremías: »Yo he puesto mis palabras en tu boca; yo te he establecido hoy sobre las Naciones y sobre los Reynos, para que arranques y destruyas, desperdicies y disipes, edifiques y plantes.“ (*Jerem. 1.*) Porque nosotros necesitamos de palabras que arranquen las falsas y peligrosas impresiones, que los escritos de Celso y de otros semejantes han hecho en los corazones: necesitamos de discursos que destruyan el edificio de la mentira, que Celso ha fabricado sobre el modelo de aquella famosa torre, que los hombres pretendieron en otro tiempo levantar hasta el cielo: necesitamos en una palabra de aquella sabiduría, que nó solamente confunde la altivez que se levanta contra la ciencia de Dios (*II. Cor. 10.*), sino tambien el soberbio orgullo con que Celso nos insulta.

Mas no basta tampoco arrancar y destruir: es preciso además sembrar plantas propias del

campo del Señor, en el lugar en que se haya arrancado; y edificar la casa del Señor y el templo de su gloria, en el lugar en que se haya destruido. Por tanto debemos rogar á Dios, que confié este augusto ministerio á Jeremías, para que nos conceda hablar de tal suerte, que edifiquemos su templo, y sembremos su Ley y los oráculos de sus Profetas.

Celso arguye á un mismo tiempo, á los Judíos, que porque no reconocen la venida de Christo, lo están esperando todavía; y á los Christianos que confiesan, que Jesus es el Christo anunciado por los Profetas.

N. 2. »Los Judíos, dice Celso, no están conformes con algunos Christianos; porque los primeros sostienen que Dios ó el Hijo de Dios ha de venir sobre la tierra á justificar á sus habitantes; y los segundos aseguran que ya ha venido; Miserable disputa! No merece por cierto que perdamos el tiempo en refutar á unos ni otros.“

No le falta fundamento á Celso para decir, *los Judíos con algunos Christianos*; porque todos los Judíos siguen la opinion que él les atribuye; pero entre los Christianos, unos prueban con las mismas Escrituras de los Judíos, que Christo ya ha venido, y algunas sectas niegan que este fuese el Christo anunciado por los Profetas.

Ya hemos demostrado más arriba, que las Profecías hablan incontestablemente de Jesus; por

lo que nada diremos aquí acerca de esto: solamente observaremos, que si nuestro Adversario se había propuesto refutar seriamente á los Judíos ó á los Christianos, debia haber referido las Profecías, haberlas analizado, y demostrado que no debia darseles crédito, y que Jesus no es el Christo verdadero. Pero Celso, ó ya porque no podia eludir la fuerza de las Profecías, ó porque quizá no tenia noticia de ellas, calla su número considerable, y se contenta con decir que son especiosas. Él sin duda se imagina, que basta haber dicho que los Judíos pretenden que vendrá Christo, y algunos Christianos, que ya ha venido, para concluir rotundamente, que todos estos son unos absurdos, que no merecen una refutación formal.

N. 3. Pregunta Celso, con qué designio vino Dios sobre la tierra. Luego ignora las razones que nosotros damos. Dios, pues, vino particularmente á reunir las ovejas de Israel que se habían descarriado; á quitar á los Judíos incrédulos el Reyno de Dios, para darlo á otros mejores cultivadores, conviene á saber, á los Christianos, que cuidarán de ofrecer á Dios sus frutos.

Celso se forja otras causas, que ni los Judíos ni los Christianos reconocen. »Vino, dice, para saber lo que pasaba entre los hombres? ¿Pues Dios no lo sabe todo? Y si lo sabe todo, ¿por qué no ha corregido á todos los hombres? ¿Excede esto al poder de Dios?»

¿Qué objeciones tan frívolas! Dios en todos tiempos ha corregido á todos aquellos, que se han mostrado dóciles á su voz, y se les ha manifestado, ya por sí mismo, ya por el ministerio de sus amigos y Profetas. Despues de la venida de Christo, se sirve de la Doctrina Christiana, para corregir, no á aquellos que se obstinan en permanecer en sus desórdenes, sino á los que resuelven llevar una vida arreglada que pueda serle agradable.

Yo no sé ciertamente, qué idea se forma Celso de la corrección divina. ¿No podia Dios, dice, corregir á los hombres, sin que hubiera necesidad de enviar á uno expresamente para esto? ¿Quiere decir que Dios mude repentinamente las ideas de los hombres, y arranque de su corazón el vicio, para plantar la virtud en su lugar? Examine otro, si esto es posible, ó por lo menos si es ó no contrario á nuestra naturaleza: yo por mi parte me contento con preguntar, ¿qué sería entonces de la libertad humana? ¿Merecería elogios en tal caso el amor á lo verdadero, y el aborrecimiento á lo falso?

Pero yo doy de barato, que todo esto sea posible y aún conveniente: ¿dexariamos por eso de encontrar alguno, que á exemplo de Celso preguntase, si el Dios Omnipotente podía haber criado al hombre virtuoso y perfecto, de suerte que no tuviera necesidad de ser corregido?

razar á los simples e ignorantes; mas no á los que han estudiado la naturaleza de las cosas; los quales saben que la libertad es de tal manera esencial á la virtud, que no se la puede despojar de ella, sin destruirla. Mas para profundizar esta questão, era preciso escribir una obra expresamente. Los Griegos que la han tratado muy á la larga en sus escritos sobre la Providencia, no se paran á decir como Celso: *Dios conocia estos desórdenes y no los corregia; luego su poder no llegaba á tanto.* Muchas veces se me ha proporcionado ocasion para hablar acerca de este asunto; además de que qualquiera que entienda nuestras divinas Escrituras, hallará en ellas quanto pueda desear para su instruccion en esta materia.

N. 4. Por otra parte, yo veo que se puede redargüir á Celso con lo mismo que él objeta á los Judíos y á nosotros. Preguntemosle sino: ¿Es Dios sabedor de lo que pasa entre los hombres? Esto no lo puede negar Celso, si es que admite un Dios y una Providencia, como da á entender en su escrito. Pues si esto confiesa, hé aquí que podemos hacerle la misma pregunta que él nos hace: ¿por qué Dios no impide todos los desórdenes? ¿Cómo es que usando de su poder, no desarrayga todos los vicios de la humanidad?

Nosotros respondemos, que Dios envia siempre á sus Ministros, para que corrijan á los hombres y los inclinen á la virtud: pero entre los

Ministros de quienes se sirve, hay mucha diferencia; porque son pocos los que enseñan la verdad sin mezcla alguna, y se consagran de todo punto á la conversion de los hombres. De este número fueron Moysés y los Profetas; pero Jesus les es infinitamente superior; porque Jesus no tomó á su cargo la curacion de una comarca particular, sino que quiso en quanto estuvo de su parte, curar á los habitantes de todo el universo. En una palabra, vino para ser el Salvador de todos los hombres.

N. 5. Nuestro Adversario nos viene, no sé por qué, con sus acostumbradas tranquilas, como si dixeramos que Dios descenderá en medio de nosotros; de donde concluye, que será preciso que dexé su trono. Celso no conoce el poder divino; no sabe que *el Espíritu del Señor llena todo el ámbito de la tierra, y que aquel que todo lo contiene, oye tambien todo lo que se dice (Sap. I.): ni comprehende tampoco el pasage siguiente: ¿Por ventura no lleno yo el cielo y la tierra, dijo el Señor? (Jer. 23.)* Ignora tambien que segun la doctrina christiana, nosotros tenemos en Dios la vida, el movimiento y el ser, como se explica Pablo en la asamblea de los Atenienses. (*Act. Ap. 17.*)

Y así, aunque el Verbo, que estaba en Dios desde el principio, y que es Dios, descienda entre nosotros, no sale de su trono, ni abandona un lugar por ocupar otro en que antes no es-

tuviera; sino que Dios anda por todas partes, sin pasar de un lugar á otro. Y así quando decimos, que este hombre, por exemplo, está abandonado de Dios, y que aquel otro está poseido de él, no hablamos sino del alma del malo, á la que Dios ha abandonado efectivamente, y de la del justo que está poseida de los dones del Espíritu Divino. La presencia de Dios, la venida del Verbo, no producen mutacion alguna sino en el hombre, el qual, de malo, de vicioso, de supersticioso que era, se hace bueno, templado y religioso.

N. 6. Ahora siguen unas objeciones enteramente risibles. «Quizá Dios, dice Celso, quando no era conocido de los hombres, pensando que faltaba alguna cosa á su felicidad, procuró darse á conocer, y distinguir á los creyentes de los incrédulos. Los mismos Christianos atestiguan contra su Dios, representandolo muy ambicioso de una gloria mortal; poco mas ó menos, como un recién llegado, deseoso de hacer ostension de su opulencia.»

Confieso que Dios quiso darse á conocer á los malos, no porque pensase, que faltaba cosa alguna á su felicidad, sino para libertarlos de todos sus males, manifestandoseles. Ni quando descien- de á las almas de un modo secreto y divino, ó envia á su Christo, lo hace por deseo de distinguir á los creyentes de los incrédulos; sino porque quiere poner término á las desgracias de

los que creen en él, y quitar á los demás el pre- texto para decir, que no han tenido ocasion de instruirse en su santa Ley.

Pues; cómo concluye Celso de nuestra creen- cia, que Dios se parece á aquellos ricos de nuevo cuño, deseosos de hacer ostension de sus riquezas? Dios quiere hacernos conocer sus perfecciones infinitas; mas no porque esté zeloso de una gloria frívola y mortal, sino porque quiere hacernos felices, y nuestra felicidad consiste en conocerlo. Por eso su Verbo, su Christo ha estado siempre entre los hombres, y los ha admitido siempre á su familiaridad mas íntima. Bien se vé, que la fe de los Christianos está muy lejos de atribuir á Dios el deseo de una gloria pe- recedera.

N. 7. Despues de todas estas ridículas tranqui- llas, concluye Celso, no sé cómo, que Dios sin duda no necesita ser conocido, pero que se interesa en nuestra salvacion, quando se nos da á conocer; á fin de que los que reciben con do- cilidad este conocimiento, se hagan mejores y se salven, y los que lo desprecian, sean con- vencidos de endurecimiento, y castigados.

«¿Cómo es, prosigue, que Dios no se ha acor- dado hasta despues de muchos siglos, de enca- minar á los hombres á la justicia, y hasta su venida lo ha mirado esto con indiferencia?»

«Siempre ha querido Dios, que los hombres fuesen justos, y en todos tiempos les ha procu-

rado medios de convertirse y practicar la virtud: en todos tiempos ha descendido la sabiduría divina sobre las almas de los justos, y de ellos ha formado los Profetas y amigos de Dios. Nuestros libros sagrados nos hacen ver, que en todos los siglos ha habido Santos que han recibido el Espíritu divino, y han puesto todo su cuidado en convertir á los demás.

N. 8. En algunos siglos ha habido Profetas, á quienes la Divinidad ha distinguido sobre todos los demás, favoreciendolos con sus mayores confianzas. Ha habido tambien un suceso tan feliz y tan honroso para la humanidad, que ni habia tenido exemplo, ni lo tendrá tampoco en lo sucesivo.

Las razones, que nosotros pudiéramos dar acerca de todo esto, son tan misteriosas y sublimes, que no es posible acomodarlas á la capacidad del comun de los lectores. Porque para responder á la pregunta de Celso, *¿por qué Dios no trabajó en la justificacion del género humano, hasta despues de tantos siglos?* era menester que nos extendiéramos acerca de la dispersion de las gentes, y que expusiéramos, por qué *»al paso que el Altísimo »separaba á las Naciones, y señalaba á cada una »sus límites, adoptó á Jacób por su pueblo, y »escogió á Israel por patrimonio suyo.* (Deut. 3.) Era preciso explicar, por qué estos y aquellos nacén en ciertos Estados y baxo cierta dominacion; por qué finalmente el Señor dixo á su

Hijo: *»pídeme y yo te daré las Naciones por »patrimonio, y toda la tierra por imperio tuyo.* (Sal. 2.) En todo esto hay resortes secretos é impenetrables, de que Dios se sirve para regir y mover á los hombres.

N. 9. Por mas que diga Celso, Jesus para corregir al mundo entero, vino despues de infinitos Profetas, cuya mision no habia tenido por objeto sino la conversion de Israel. Para cumplir con su ministerio, no necesitó, como en la Ley antigua, de azotes, prisiones ni suplicios; porque le bastó anunciar su doctrina, y esparcir aquella divina semilla por toda la tierra: el mundo que ha tenido principio, debe por consiguiente tener un fin, y el juicio universal debe seguir al fin del mundo. Un Christiano instruido á fondo en su Religion, probará estos dogmas con argumentos sacados de las Sagradas Escrituras y de la razon: pero una alma simple, un hombre vulgar que no puede remontarse tanto, debe poner únicamente su confianza en Dios Salvador del mundo, y contentarse con responder: *El mismo Dios lo ha dicho.*

N. 10. Quiere Celso hacernos pasar tambien por hombres que tienen sentimientos poco religiosos acerca de la Divinidad; pero se contenta, como es costumbre suya, con acusarnos sin dar prueba alguna. Pretende que esos dogmas, que nosotros consideramos necesarios para contener al crimen, no son sino vanas ficciones imaginadas pa-

ra confundir á los sencillos; y nos compara con los que hacen aparecer espectros y fantasmas en los misterios de Baco. Pero que vayan Celso y sus partidarios á que les digan los Griegos el caso que debe hacerse de estos misterios. A nosotros nos basta responder, que no proponemos sino la conversion de los hombres, y para esto les ponemos á la vista ya los castigos reservados al crimen, y sin los quales no puede mantenerse el orden sobre la tierra; ya las recompensas afianzadas en el Reyno de Dios, para los que hubieren merecido por sus virtudes tener á Dios por Rey.

N. 11. Celso intenta con la mayor eficacia persuadir, que lo que nosotros enseñamos acerca del diluvio, y del futuro incendio del mundo, lo hemos tomado de los Griegos ó de los Barbaros, aunque no hemos comprehendido bien su doctrina; que en sus escritos hemos leído, que despues de un largo período de siglos, y de muchas revoluciones de los astros, habrá incendios y diluvios; y que por este motivo enseñamos que el último diluvio, sucedido en tiempo de Deucalión, será seguido del incendio de la tierra, y Dios descenderá como un verdugo, armado de fuego.

Es de extrañar, que un hombre que ha leído tanto, y está tan versado en la historia, no tenga noticia de la antigüedad de Moysés, de quien aseguran algunos Escritores, que fue con-

temporaneo de Inaco, padre de Foronéo, el mas antiguo Rey de la Grecia, segun afirman los Egipcios y Fenicios. Consulte, pues, los dos libros de las antigüedades de los Judíos que escribió Josefo, y allí verá cuánto es mas antiguo Moysés que los que, segun el mismo, *predixeron la inundacion y el incendio del mundo, y á quienes ni los Judíos ni los Christianos han jamás oido.*

N. 12. No nos pondremos á exâminar aquí, si estos grandes y terribles acontecimientos deben atribuirse á las revoluciones del cielo, y si acontecen en periodos fixos. Solamente haremos observar, que Moysés y nuestros Profetas son tan antiguos, que no han podido tomar nada de los Escritores profanos; y que antes hay demasiado fundamento para creer que estos, como mas modernos, han tomado de nuestros Escritores, y los han desfigurado al tiempo de copiarlos. En quanto á la causa de estas calamidades, nosotros la encontramos en la corrupcion de los hombres, que una vez que llega al colmo, necesita de ser purificada por el fuego ó por el agua. Si el mismo Dios que dice, *yo lleno el cielo y la tierra* (Jer. 23.), es representado por los Profetas descendiendo sobre la tierra; este es un modo de hablar figurado, que no debe tomarse á la letra. Dios descende de su grandeza y de su magestad, quando se digna atender á los hombres, y en particular á los malos: y á la manera que ha prevalecido la costumbre de decir que los Maestros

y los Filósofos descenden sobre los talentos de sus discípulos, así tambien se halla en nuestras Escrituras que Dios *desciende*. Esta palabra, así como la de *ascender*, se emplea en un sentido metafórico y espiritual.

N. 13. Trata Celso de ridiculizarnos porque decimos que Dios descende armado de fuego. Él quisiera obligarnos á entrar sin razon en disputas demasiado profundas; pero no le responderemos mas de lo preciso para contener sus risadas. La divina Escritura llama á Dios *un fuego consumidor*; y dice tambien, *que de su rostro salen rios de fuego, y que él viene como el fuego que funde los metales, como la yerba de que se sirven los bataneros.* (Deut. 4. Dan. 4. Mala. 3.)

Dios es *un fuego consumidor*. ¿Y qué es lo que ha de consumir? Nosotros decimos, que el vicio, y todo lo que el vicio produce, que es lo que en el lenguaje figurado de la Escritura se llama madera, heno y paja. Así es que en una Epístola de Pablo se lee, que el vicioso levanta un edificio de madera, heno y paja sobre cimientos sólidos, esto es, sobre Jesu-Christo mismo. (I. Cor. 3.) Si esta madera, este heno, esta paja se hubieran de tomar á la letra, tambien el fuego sería material y sensible; pero como todo esto debe entenderse de las obras del vicioso, no puede haber duda acerca de la calidad del fuego de que aquí se trata.

El fuego, dice el Apóstol, hará ver la ca-

lidad de las obras de cada uno. El que sobre este cimiento hubiere edificado alguna cosa que resista al fuego, recibirá su recompensa; aquel cuyo edificio sea abrasado, padecerá.

Estos edificios abrasados, ¿son otra cosa que las obras del vicio? Hé aquí, pues, el sentido en que se dice que nuestro Dios es un fuego consumidor. Parece tambien al fuego que derrite los metales, porque purifica al alma, de todos los defectos, de toda liga que altere la pureza y excelencia de su sér. Por eso se dice, que de su rostro salen rios de fuego, para consumir toda partícula de vicio que haya podido introducirse en el alma. Y esto es mas que suficiente para destruir la acusacion de Celso.

N. 14. Pasemos á otra, en que se extiende con mucha confianza. No propondré, dice, cosa alguna, en que nuestros contrarios no se hayan convenido hace mucho tiempo. Dios es bueno, hermoso, feliz: encierra en sí lo mas hermoso, lo mejor que hay en el mundo. Para descender entre los hombres, es preciso que mude enteramente, y que se vuelva malo, horrible, desagraciado, y corrompido hasta lo sumo. Además, los seres mortales están por su naturaleza sujetos á mutacion; el sér inmortal por su naturaleza permanece siempre lo mismo: luego Dios no es susceptible de mutacion.

Me parece, que he respondido anticipadamente á esta nueva tranquila, quando expliqué el

sentido en que se debe entender, que Dios desciende sobre la tierra, segun nuestras Escrituras; lo que se dice por su Providencia, y por el cuidado que se digna tomar en lo que pertenece al hombre. Nada de esto supone mutacion alguna en Dios; ni de aquí se sigue tampoco, que Dios se vuelva malo, horrible y desgraciado. Dios es inmutable; esto no admite contextacion; y como tal nos lo representan sus Escrituras: *Siempre sois el mismo*, le dice el Profeta; y el Señor dice tambien: *Yo no me mudo.* (Sal. 101.)

No les sucede así á los Dioses de Epicuro. Porque como se componen de átomos, estarian expuestos á ser destruidos por otros átomos, si no tuvieran gran cuidado de alejarlos. En quanto al Dios de los Estóycos, se sabe que es corporal, y como tal está sujeto á mutacion, quando el mundo sea abrasado, y quando despues del incendio se renueve. Estos Filósofos no han podido nunca formar de Dios, aquella idea que la naturaleza nos presenta á todos, la idea, digo, de un Sér perfectamente simple, indivisible é incorruptible.

N. 15. El que descendió entre los hombres, tenia la forma de Dios; pero su amor á los hombres fue causa de que se anonadase, para que ellos pudieran comprehenderlo. Nótese sin embargo, que él descendió, se anonadó, pero sin padecer mutacion alguna; por tanto no cometió pecado, ni lo conoció; no dexó de ser feliz, aun-

que se humilló excesivamente por la salvacion del género humano; en una palabra, ninguna de sus perfecciones padeció menoscabo. Un Médico, que para curar á los enfermos, exerce funciones que irritan á la naturaleza, está expuesto á ser sin cesar testigo de los espectáculos mas tristes; pero él no muda por eso; su salud se conserva sin alteracion: aunque es preciso confesar que no está absolutamente libre de todo peligro. Mas el Verbo Dios, que se digna venir á curar las llagas de nuestras almas, no puede ser herido. Si piensa Celso, que el Verbo Dios inmortal padeció mutacion, porque tomó un cuerpo mortal y una alma humana; sepa, que la naturaleza del Verbo permanece siempre la misma, sin que le haga efecto nada de lo que el cuerpo y el alma padecen. Mas para proporcionarse á los que no hubieran podido sostener la gloria y el resplandor de su divinidad, se hizo carne, tomó una voz sensible; hasta que habiendo elevado á los que lo recibieron baxo esta forma, los puso en estado de poder contemplar su divina y eterna esencia.

N. 16. El Verbo tomó diferentes formas, baxo las quales se manifestó á los que siguiéron su doctrina; acomodandose á la capacidad de todos, ya de los que habian hecho grandes progresos en el camino de la virtud, ya de los que acababan de entrar en él, ya tambien de aquellos cuya virtud era consumada. A los Discípulos que le acom-

pañaron al Tabór, les pareció muy distinto de lo que habia parecido á los demás; porque estos últimos no hubieran podido sostener los rayos de su gloria. Los que eran incapaces de distinguir la grandeza de Jesus, decian de él: »No tenía hermosura ni resplandor; su exterior era despreciable; nos ha parecido el último de todos los hombres.« (Isa. 53.) Por lo que hace á Celso, bien se ve, que nada ha comprendido en las mutaciones y transfiguracion de Jesus, ni ha sabido tampoco distinguir lo que en él habia de mortal y de inmortal.

N. 17. Finalmente: ¿no hay mas razon y mas decencia en las cosas que nosotros decimos de Jesus, que en las fábulas paganas de un Baco, por exemplo, ó de un Júpiter? Pues sin embargo, á los Griegos les es permitido recurrir á interpretaciones alegóricas, para salvar todas esas extravagancias, y no se nos quiere dar oídos á nosotros, quando proponemos una explicacion natural, plausible y consiguiente de nuestras Escrituras, segun la inspiracion del Espíritu Divino, que habita en las almas puras.

Como Celso no entiende absolutamente nuestras Escrituras, no se puede decir que impugna el verdadero sentido de ellas, sino el que á él le ocurre darles. Si él supiera qual debe ser el destino del alma en la vida futura, que no tendrá fin, y lo que se debe pensar acerca de la naturaleza y principio del alma; no se le haria

extraño, que el inmortal haya tomado un cuerpo mortal, no por medio de una metempsicosis, como Platón enseña, sino de un modo mas sublime: antes bien convendria por el contrario en que Jesus dió la prueba mas relevante de su amor á los hombres, quando descendió entre ellos, para reunir las ovejas perdidas de la casa de Israel...

N. 18. La pesadez de Celso en varias cuestiones que no entiende, me precisa á repetirme con frecuencia; porque no quiero dexar pasar ninguna de sus tranquilas sin respuesta. O vuestro Dios, dice, se ha mudado en un cuerpo mortal, lo que es imposible como ya he probado; ó por lo menos parece tal á los que lo ven, y por consiguiente engaña, miente. Todos saben, que el engaño y la mentira son siempre un mal, á no ser que se empleen para consolar á un amigo enfermo de cuerpo ó espíritu, ó para escapar de algun peligro con que nos amenaza un enemigo. Pero Dios no tiene ningun amigo enfermo; Dios no teme á nadie, ni necesita de recurrir á la mentira para huir del peligro.

Los dos respuestas le puedo dar á Celso; la una, tomada de la naturaleza del Verbo, y la otra, del alma de Jesus. Digo en primer lugar: así como los alimentos que toma una nodriza, se convierten en leche, para que pueda mantener al niño como conviene; así como un Médico prescribe un régimen distinto á los enfermos y á las